

A ACTIVISMO Y DISIDENCIAS QUEER

PABLO PÉREZ NAVARRO

Lo *queer* deambula por las calles desde siempre como ruedan las prostitutas en busca de cliente, como vuelan los panfletos subversivos en una mani, y no está esperando a que alguien considere esta o aquella súbita aparición un momento de especial relevancia histórica, el acta fundacional de lo *queer*, o su ingreso en la Historia con mayúsculas.

Paco Vidarte¹

Nunca está de más, sin embargo, echar de vez en cuando la vista atrás, aun sin ánimos de levantar esas actas fundacionales contra las que nos prevenía Paco Vidarte. Puede resultar especialmente útil cuando se trata de comprender tanto el activismo como la(s) teoría(s) *queer*, tan poco amigas ambas de la mirada definitiva y cosificadora que habría de reducir las a cualquier foto fija de sí mismas. La mirada retrospectiva resulta, además, más urgente que útil cuando nos enfrentamos al cruce entre dos tendencias sólo aparentemente opuestas entre sí: el paradójico uso de la etiqueta “*queer*” como sinónimo de políticas gays y lesbianas, que oculta cualquier forma reconocible de disidencia *queer* a esas mismas políticas, y la caricaturización acrítica de teorías y activismos *queer* en el nombre del mayor bien para las versiones más conservadoras de la militancia genérica, ya sea que se trate aquí de la feminista o de la LGTB.

Para comprender, en primer lugar, algunos rasgos comunes de lo que más tarde se entendería por activismo *queer*, resulta casi imprescindible atender a las políticas puestas en marcha por ACT UP (la AIDS Coalition to Unleash Power) a finales de los años ochenta. Son varios los rasgos que convierten a este colectivo en un avance de la subsiguiente proliferación de colectivos –y contraculturas– *queer*, pese a que muchas de ellas se desarrollaran de forma paralela, al margen, y en ocasiones en contra de las propias políticas de ACT UP.

Este colectivo constituye un claro ejemplo de la doble vertiente crítica que caracteriza a las políticas *queer* de la identidad. ACT UP surge como reacción contra el silenciamiento y la indiferencia frente a la crisis sanitaria provocada por el SIDA, desde comienzo de los años ochenta en Estados Unidos –por parte de la administra-

ción Reagan, de las instituciones de sanidad pública y la total falta de compromiso de las alcaldías de San Francisco y Nueva York—; así como a la preocupante despoliticización de colectivos como el Gay Men’s Health Crisis, único grupo gay dedicado a tareas de prevención, tratamiento y difusión de información sobre los medios de prevención frente a la cada vez más rápida propagación del virus².

Mucho más grave fue la desvinculación de los grupos mayoritarios del activismo LGTB en Estados Unidos con los sectores de población más afectados por la difusión del VIH. Estos rehusaban, de hecho, cualquier contacto con cuanto pudiera recordar la realidad de la pandemia. Especialmente notorio era el caso de la Human Rights Campaign, más preocupados por usar su creciente influencia en el apoyo a candidaturas para el Congreso que en involucrarse en la lucha contra la propagación del SIDA: hasta tal punto fueron eficaces las agresivas estrategias conservadoras, moralistas y difamatorias contra los seropositivos, que reforzaban la pretensión de los colectivos más influyentes de no verse “contaminados” por la mala prensa que dominaba, mediática y socialmente, cuanto tuviera que ver con la enfermedad.

Pero ACT UP no luchaba sólo contra la indiferencia de los colectivos gays y lesbianos. Un objetivo crítico permanente de la organización fue la propia comunidad gay en su conjunto, tanto por participar de la discriminación contra seropositivos y enfermos de SIDA como por mantenerse totalmente al margen de la lucha política necesaria para cambiar el curso de las políticas institucionales.

LA DOBLE DISIDENCIA *QUEER*

Este es, en definitiva, un rasgo casi definitorio del activismo *queer*: la doble lucha contra una cultura heterosexista que había mostrado con claridad su alcance genocida contra la población no heterosexual, y el distanciamiento de una cultura LGTB acrítica, que reproduce en su seno los prejuicios xenófobos, clasistas, inhóspitos y excluyentes frente a los seropositivos o frente a cualquier otra forma de diversidad e irrupción de las diferencias en su interior.

Distanciándose de ambos extremos ACT UP rompía, como destaca Javier Sáez, con la línea respetuosa y asimilacionista de muchos grupos de derechos civiles tradicionales, que abogaban por una integración en el orden social normalizado negociando cuotas de poder; por el contrario, ACT UP introduce la rabia, la denuncia directa y explícita, las acciones ilegales (robos en supermercados para financiar medicamentos o conseguir comida para los enfermos, por ejemplo), boicots en actos públicos, intervenciones en iglesias y ministerios, es decir, desafía el orden social y político con un discurso radical³.

En la misma línea de canalización de la rabia contra las fuerzas de la violencia y de la exclusión del orden heterosexista surgiría poco después *Queer Nation*, una activa escisión de ACT UP que heredó de esta la preferencia por la acción directa y por la

ocupación de la calle con intervenciones de alto impacto visual. Reivindicó además el uso autorreferencial del despectivo término “*queer*”, de acuerdo con el tipo de actitud que hace reconocibles muchos de los emergentes activismos y contraculturas que pronto comenzaría su andadura transcontinental: “We’re here, we’re *queer*, get used to it!” (“somos maricas, bolleras, travelos, trans, estamos aquí, ¡acostúmbrate!”) fue uno de los eslóganes con los que se apostaba por la irrupción radical de la diversidad genérica y sexual en el espacio público.

Este tipo de resignificación de la injuria “*queer*” constituiría un elemento clave tanto para el activismo el tipo de reflexión teórica que recibiría también, a comienzos de los noventa, el nombre de teoría(s) *queer*, y que insistiría en la necesidad de ocupar espacios socialmente abyectos y subordinados desde los que desarticular el peso excluyente de la normatividad que los define como tales.

A diferencia del heterofeminismo más tradicional, o de buena parte del feminismo lesbiano estadounidense, también llamado feminismo radical, y a diferencia de las políticas puestas en marcha por las asociaciones LGTB, el activismo *queer* participa de una heterogeneidad no sistematizable de identidades socialmente abyectas, y practican unas políticas de coalición que cuestionan la necesidad de anticipar una definición identitaria que explicita su alcance representativo.

Así, colectivos *queer* como *Queer Nation* estaban constituidos por numerosos maricas y bolleras, pero también por chaperos, prostitutas y *homeless*, travestis y transexuales y, en general, por los miembros de las comunidades, contraculturas, barrios y etnias más marginales y más expuestas a la violencia genérica –homofóbica, transfóbica, lesbofóbica, transgenericofóbica, bifóbica, machista, plumófoba, etc.– y a sus incontables cruces con el clasismo, el racismo y la xenofobia.

Paralelamente, a lo largo de los años ochenta, se había producido la irrupción de numerosas voces feministas que cuestionaban los límites de la representación de los discursos más hegemónicos dentro del propio feminismo. Este sería acusado de obedecer a los intereses de clase específicos de las mujeres blancas, heterosexuales, académica y económicamente acomodadas, lo que dio lugar a profundos y productivos cuestionamientos de los principios teóricos del discurso feminista⁴. En la línea abierta por la crítica de la heterosexualidad como institución política previamente abierta por Monique Wittig o Adrienne Rich, entre otras, la obra de autoras como Judith Butler, Eve Kosofsky Sedgwick o Sue Ellen Case aportaron nuevas formas de conceptualizar la normatividad genérica y sus posibilidades de subversión y transformación radical.

Particularmente influyentes fueron los desarrollos del género en términos performativos, la apuesta por la proliferación genérica y por las políticas de coalición, por parte de Judith Butler, que llegaron a sintonizar de tal modo con el emergente activismo *queer* que los miembros de colectivos como *Queer Nation* reconocieron *El género en disputa* como una de sus más influyentes guías teóricas⁵.

COALICIONES EDITORIALES

Así como las teorías *queer* procedentes del ámbito más académico atraviesan, en el mejor de los casos, las fronteras que los unen con los movimientos sociales, estos producen a su vez frecuentes irrupciones en el espacio de la teoría que enriquecen el debate y las posibilidades de reflexión sobre las complejidades de las políticas identitarias. No son escasas las publicaciones que reúnen voces procedentes de los reducidos espacios de pensamiento *queer* en el ámbito académico con otras que mantienen un contacto más directo con el activismo *queer*. Incluyendo aquellos casos en que resulta imposible discernir ambos tipos de contribuciones.

Tal es el caso de algunas de las publicaciones *queers* más difundidas en el panorama editorial más próximo, como las obras colectivas *Teoría queer, políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*⁶, editada por David Córdoba, Javier Sáez y el recientemente fallecido Paco Vidarte, o *El eje del mal es heterosexual*⁷, por parte del Grupo de Trabajo *Queer* (GtQ).

Confluyen en ellas campos teóricos muy diversos, como la filosofía, la sociología, la crítica literaria, las ciencias políticas, la crítica cinematográfica, la crítica postcolonial, la antropología o los estudios culturales, entre tantos otros. Muchas de ellas involucradas, además, en formas muy diversas del activismo *queer* (la Radical Gai, GtQ), en grupos gays radicales (Collectiu Gai de Barcelona, FLOHC, Gaytasuna, Oker Taldea), en el activismo transexual (Grup de Transsexuals Masculins de Barcelona, Transexualia), intersexual (con la contribución a *El eje del mal...* de Cheryl Chase, fundadora de la Intersex Society of North America –ISNA–), o en los feminismos-*queer* (Escalera Karakola, LSD), lesbianos (Las Goudous) y feministas radicales (Las Walkirias, A Por Todas), así como del feminismo negro estadounidense de la mano de Barbara Smith (también en *El eje del mal...*).

Este carácter de encuentro entre disciplinas y activismos *queers*, en los márgenes y en los cruces entre los mismos, confiere a obras como estas la mayor parte de su valor como aportación a la reflexión sobre la construcción disciplinaria de cuerpos, géneros y sexualidades, y sobre la apertura de caminos para la disidencia y la resistencia a los ideales normativos coercitivamente impuestos sobre ellos. La proximidad de estos tipos de escritura con diferentes campos de la producción contracultural *queer*, ya sea en el ámbito del activismo o de la teoría, resulta también un elemento clave a la hora de discernir contribuciones como estas del tipo de apropiaciones de la etiqueta “*queer*” al que me refería al comienzo de este artículo.

No tanto con el ánimo de establecer algún tipo de “*queer policy*” que atribuya un mayor o menor carácter *queer* a cualquier autor que trate de participar en el debate o la reflexión sobre las políticas genéricas, como para evitar un peligroso efecto de signo contrario: el borramiento de la historia del activismo *queer*, ya de por sí minoritario, marginal, y abierto enemigo del tipo de simbiosis institucional que

favorece la acomodación en las posiciones más visibles de la producción cultural.

Obras como *La construcción de la cultura queer en España*, no habrían sido recibidas, quizás, con tanta hostilidad por parte de las contraculturas *queer* si hubieran cambiado, en su título, la palabra *queer* por gays, lesbianas, trans o LGTB. Resulta en extremo paradójico que un término tan asociado a la lucha, entre otras luchas, contra el efecto doblemente excluyente de las políticas LGTB sobre cuanto queda más allá de sus márgenes de representación, acabe representando un enclave (a)político lo suficientemente atractivo como para sufrir intentos de apropiación tan directos por parte del discurso gay y lesbiano mayoritario.

Una apropiación que se cifra, por lo demás, tanto en ese uso laxo e injustificado del término –teniendo en cuenta que, como señala Javier Sáez, de “cuarenta personas que escriben en él, ninguna se dedica a las militancias, ni al activismo, ni a la cultura ni a la teoría *queer* (Buxán y Aliaga han escrito sobre arte y culturas *queer*, pero ellos no se definen como militantes o activistas *queer*; el resto no tienen relación alguna con lo *queer*, o son personas abiertamente anti*queer*)”–, como en la inevitable consecuencia de ese tipo de apropiaciones:

*(...) reescribir la historia y borrar de un plumazo los diversos activismos queer que ha habido y que hay actualmente en el Estado español, y de paso apropiarse de esa tradición para enterrarla bajo el paraguas de la militancia gay-lesbiana, una tradición que tiene su sentido y su propia historia, pero que no tiene nada que ver con lo queer*⁸.

Estrategias de este tipo no deben hacernos olvidar, sin embargo, el contexto predominante de rechazo –complementario con el efecto de borramiento histórico al que nos venimos refiriendo– de las identidades y reivindicaciones afines a la teoría o a los activismos *queer*. Rechazo que suele ir acompañado de una caricaturización de sus planteamientos, como ha sucedido tan frecuentemente en la recepción en castellano de feminismos *queers* como el de Judith Butler⁹, por parte de ese feminismo de la igualdad que representa emblemáticamente Celia Amorós en nuestro país. Sus comentarios sobre el “batiburrillo voluntarista”¹⁰ de los géneros, al que supuestamente nos conducirían las políticas de coalición y proliferación defendidas por Butler –tanto como por la praxis cotidiana del activismo *queer*– son muy representativos del tipo de lecturas al uso de la(s) teoría(s) *queer*.

TRANSNORMATIVIDAD, HORMONAS, Y LA FELGTB

Este tipo de estrategia excluyente resulta especialmente clara, ya en el contexto del activismo LGTB de nuestro país, en la tendencia al rechazo, al debate y al replanteamiento de las novedades legislativas en materia de derechos de gays, lesbianas y

transexuales mediante la adjudicación despectiva de la etiqueta “*queer*” a las reivindicaciones de ciertos colectivos. Como ha sucedido, recientemente, a raíz de la propuesta de las asociaciones vascas ALDARTE, EHGAM, GEHITU y HEGOAK, de eliminar de la Ley de Identidad de Género el requisito de los dos años de hormonación previos al cambio legal de sexo, canalizada a través de negociaciones con el PNV –quien asumiera la tarea de llevar la propuesta al Congreso–. Frente a esta iniciativa se ha llegado a proponer disociar tal reivindicación del ámbito de los derechos de los transexuales, y a plantearse como irónica alternativa el desarrollo de una “ley *queer*” independiente de la ley de identidad de género.

Tal es la propuesta de Mar Cambrollé en su artículo “La transexualidad no es *queer*”¹¹. Obedece sin duda a la tendencia a establecer criterios estrictos de demarcación que permitan salvaguardar, no ya los derechos –pues eliminar cualquier prerrequisito de la ley no puede entenderse más que como una ampliación de derechos y, por tanto, de posibilidades vitales para los sujetos implicados–, sino de ciertos modelos normativos de las identidades transexuales, respaldados por su sometimiento a los imperativos legales de la ley en cuestión. Resulta especialmente preocupante que la Federación Estatal de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales (FELGTB) se haya sumado a esta tarea de salvaguarda de dichos ideales normativos. La FELGTB intervino de hecho para frenar la proposición no de ley del PNV prevista para el 24 de octubre en el Congreso¹², en nombre de la “falta de unidad” en los colectivos transexuales frente a este tipo de iniciativas: el cuestionamiento crítico de la ley se percibe como un asalto a las identidades normativas procedente de ese exterior abyecto, *queer*, al que correspondería, en su caso, una ley específicamente “*queer*”.

Es obvio que “*queer*” y “ley” es una extraña asociación de conceptos. Tan extraña como para poder aclarar que el cuestionamiento de la ley por parte de esos colectivos vascos no puede proceder de un contexto crítico o activista reconociblemente *queer*. La propuesta de eliminar el período mínimo de hormonación representa un ejercicio notable de crítica reformista del actual régimen genérico-jurídico, y lo convierte en fácilmente discernible, por lo demás, de una resistencia *queer* a dicho régimen: la adjudicación de la etiqueta, en este caso, aparece más bien como una estrategia estigmatizadora que pretende impedir cualquier posibilidad de debate crítico en el interior del movimiento trans.

Las políticas de Guerrilla Travolaka¹³, por ejemplo, sí son fácilmente identificables como una subversiva disidencia *queer* a dicho régimen normativo. Este colectivo se manifiesta frontalmente en contra de la psiquiatrización de todo el proceso médico-legal de transformación de sexo sostenido por la nueva ley y, por tanto, en contra de la patologización de la transexualidad que ejerce esta mediante la monitorización psiquiátrica de los trans y mediante el imperativo diagnóstico del síndrome de disforia de género¹⁴.

Reivindicando, frente a este, su “euforia de género”, Guerrilla Travolaka resiste al régimen genérico-jurídico en su conjunto. Forma así parte de la respuesta, junto a otros grupos e iniciativas abiertamente *queers*, y junto a otros colectivos gays y lesbianos radicales o de izquierdas, a esa bajada de tensión del movimiento LGBTQ contra la que nos prevenía Paco Vidarte en su implacable, aunque optimista, *Ética Marica*¹⁵. Los recientes acontecimientos en el contexto activista nacional hacen temer que, más que ante una bajada de tensión, nos encontremos frente al activo intento de frenar las transformaciones futuras de nuestro sistema genérico-jurídico. El falso techo alcanzado por este pretende ahora hacerse pasar por insuperable, en nombre de un vacío concepto de unidad impuesto, desde posiciones institucionalmente privilegiadas, a unos colectivos productiva e irremediamente diversos en sus posiciones políticas.

NOTAS

- ¹ Paco Vidarte, “El banquete *uniqueresitario*: disquisiciones sobre el s(ab)er *queer*”, p. 77, en David Córdoba, Javier Sáez y Paco Vidarte (eds.), *Teoría queer, políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, Egales, Madrid, 2005, pp. 67-77.
- ² El muy minoritario Gay Men’s Health Crisis había aglutinado, efectivamente, buena parte de los esfuerzos de activistas gays frente a la extensión de la pandemia. Su política adoleció muy pronto, sin embargo, de una creciente desatención de la población gay, víctima de la inmensa mayoría de los casos de contagio de la enfermedad, en beneficio del cuidado privilegiado de los casos de contagio heterosexual (hemofílicos y usuarios de drogas intravenosas, principalmente) que parecían atraer más fácilmente la atención de los fondos –bloqueados, en general, por el National Institute of Health– e instituciones públicas, especialmente por parte de los Centers for Disease Control. Así lo denuncia Larry Kramer, uno de los fundadores de ACT UP, en el polémico artículo originalmente publicado en el *New York Native*, “1112 and Counting”, recogido en Ian Morland, Annabelle Willox (eds.), *Queer Theory*, Palgrave Macmillan, Hampshire-New York, 2005, pp. 28-40.
- ³ Javier Sáez, “El contexto sociopolítico de surgimiento de la teoría *queer*. De la crisis del SIDA a Foucault”, pp. 68-69, en *Teoría queer, políticas maricas, bolleras, trans, mestizas*, Egales, Madrid, 2008, pp. 67-76.
- ⁴ Especialmente significativa fue la publicación de antologías colectivas de feministas negras, judías, asiáticoamericanas y/o lesbianas como Anzaldúa, G., *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*, Aunt Lute Books, San Francisco, 1987, pp. 194-195; Hull, G., Bell, P., Smith, B. (eds.), *All the Women Are White, All the Black Are Men, But Some of Us Are Brave*, The Feminist Press, Nueva York, 1982; Smith, B. (ed.), *Home Girls: A Black Fem Anthology*, Kitchen Table: Women of Color Press, Nueva York, 1983; hooks., b., *Ain’t I a Woman: black women and feminism*, South End Press, Cambridge, 1981; Bulkin, E., Smith, B. (eds.), *Yours in Struggle: Three Feminist Perspectives on Anti-semitism And Racism*, Firebrand Books, Nueva York, 1984; Torton, E., *Nice Jewish Girls: A Lesbian Anthology*, Persephone Press, Watertown, 1982.
- ⁵ Como recuerda la propia Judith Butler en el prefacio de 1999 a *El género en disputa, El feminismo y la subversión de la identidad*, “Saber que el texto se sigue moviendo fuera de la academia hasta el día de hoy ha sido para mí una de las experiencias más gratificantes. Al mismo tiempo que *Queer Nation* hizo suyo el libro, y que en algunas de sus reflexiones sobre la teatralidad de la autopresentación de los *queer* resonaban las tácticas de ACT

- UP, la obra estuvo también entre los materiales que empujaron a los miembros de la Asociación Psicoanalítica de Estados Unidos y de la Asociación Psicológica de Estados Unidos a reevaluar parte de su doxa vigente sobre la homosexualidad”, *El género en disputa, El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, México, 2001, p. 18 (*Gender Trouble, Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, New York, 1990-1999).
- ⁶ David Córdoba, Javier Sáez y Paco Vidarte (eds.), *Teoría queer, políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, o.c.
- ⁷ Grupo de Trabajo *Queer* (ed.), *El eje del mal es heterosexual. Figuraciones, movimientos y prácticas feministas queer*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2005 (<http://www.hartza.com/ejedelmal.pdf>).
- ⁸ Javier Sáez, “La destrucción de una cultura *queer* en España”, <http://www.hartza.com/hrrerobrasas.htm>.
- ⁹ Como explica María Prado en su artículo “Qué es el feminismo postestructuralista de Judith Butler y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, n. 27 extra, 2ª época, invierno 2005, pp. 163-177, haciendo frente a una línea interpretativa que encuentra su antítesis en publicaciones recientes como la de Elvira Burgos, *Qué cuenta como una vida, la pregunta por la libertad en Judith Butler*, Antonio Machado Libros, Madrid, 2008, o Pablo Pérez Navarro, *Del texto al sexo, Judith Butler y la performatividad*, Egales, Madrid, 2008.
- ¹⁰ Amorós, C., *La gran diferencia y pequeñas sus consecuencias... para la lucha de las mujeres*, Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer, Madrid, 2005, p. 221.
- ¹¹ Mar Cambrollé, “Transexualidad no es *queer*. Cada cosa por su nombre y cada una en su terreno y ámbito”, *Diario Digital de Información Transexual*, octubre, 2008 (www.carlaantonelli.com/noticias_octubre2008.htm). Cambrollé es la presidenta de la Asociación de Transexuales de Andalucía (ATA), y su artículo recibió el apoyo, entre otros, de Andrea Muñoz, presidenta a su vez de Transexualidad Euskadi. Esta última se oponía también a la eliminación del requisito, manifestando su preocupación por que “entonces cualquier persona que no sea transexual, podría elegir un nombre femenino con una apariencia externa de varón o a la inversa”, *Transexualidad-Euskadi*, domingo, 19 octubre, 2008 (<http://transexualidad-euskadi.blogspot.com>).
- ¹² Como explican en un manifiesto conjunto ALDARTE, EHGAM y HEGOAK, Toni Poveda (presidente de la FELGTB) intervino tras el proceso negociador para comunicar a Josu Erkoreka (portavoz del Grupo Parlamentario Vasco EAJ-PNV) que “la eliminación del requisito de dos años no constituye una prioridad principal de los grupos LGTB”, y que “existe una división entre los mismos sobre la conveniencia o no de retirar este requisito”, en “FELGTB paraliza Proposición no de Ley”, *Acera del Frente*, jueves 16 octubre 2008 (<http://aceradelfrente.blogspot.com/2008/10/feltgb-paraliza-proposicin-no-de-ley.html>). El PSOE también intervino pactando horas antes de la intervención del PNV en el Congreso la retirada de la Proposición no de Ley (y su sustitución por una enmienda transaccional para la elaboración de un informe sobre la conveniencia de la reforma de la Ley 3/2007 de 15 de marzo).
- ¹³ Autodefinidos como “Ni homes, ni dones. Ni disfòrics, ni transtornats, ni transsexuals. Només som guerrillers o guerrillers segons el moment. Pirates del gènere, buscadors de tresors. Som Trans-resistents, Trans-guerrillers, Trans-ciudadanes, Travolakes, Drag-Kings i DragQueens. Dissidents de l’heteropatriarcat” (<http://guerrilla-travolaka.blogspot.com>). Los travolakas constituyen uno de los frentes más activos del activismo *queer* en nuestro país, junto a otros grupos como las Maribolheras Precarias (<http://maribolheras.blog.com>), las O.R.G.I.A. (<http://besameelintro.blogspot.com/>), Post-Op (<http://postporno.blogspot.com/>), o el ya mencionado GtQ.
- ¹⁴ Para ver una reflexión sobre la incorporación de esta patologización del transgenerismo en el DSM IV, en el año 1994 (que sucede a la retirada de la homosexualidad en 1974 y de su anterior remanente, la “homosexualidad ego distónica” en 1987) y sus efectos sobre políticas e identidades trans, consultar Judith Butler, “Desdiagnosticar el género”, *Deshacer el género*, Paidós Ibérica, 2006, pp. 113-148 (“Undiagnosing Gender”, *Undoing Gender*, Routledge, Nueva York, 2004, pp. Pp. 75-102).
- ¹⁵ Paco Vidarte, *Ética Marica*, Egales, Madrid, 2008, que constituye el más reciente y contundente asalto *queer* a la autocomplacencia del activismo LGTBQ tras las recientes reformas legislativas en materia de matrimonios y cambios de sexo.